

El mexicano en Chicago. Manuel Bueno. 1924

UN NUEVO GRUPO DE inmigrantes, el mexicano, está llegando de manera lenta pero continua a Chicago. Este nuevo elemento racial o nacional en la composición de nuestra población políglota se ha distribuido de manera dispersa en diferentes sectores de la ciudad, de tal manera que pocos residentes de Chicago se han familiarizado con su presencia entre nosotros y son todavía menos los que se dan cuenta de que, debido a las dificultades que ha tenido para adaptarse a un entorno urbano totalmente extraño, este nuevo grupo de inmigrantes se está convirtiendo en un problema social.

¿Quién es este nuevo inmigrante entre nosotros?, ¿por qué viene a Chicago?

La mayoría de los mexicanos son indígenas de pura sangre, aztecas y de otras tribus, pero los llamados criollos son también en parte españoles y en parte indígenas.

El mexicano viene a Estados Unidos atraído por las oportunidades. La inestabilidad social, política y económica en México induce a miles de ciudadanos a dejar una tierra soleada y muy fértil para venir a un clima inclemente y una tierra más inhóspita. Hace 20 años llegó a Estados Unidos el primer mexicano a realizar trabajos rutinarios en el ferrocarril.

Durante la guerra mundial,¹⁰⁶ cuando la inmigración de Europa fue bloqueada, miles de extranjeros salieron de Estados Unidos y las industrias fueron estimuladas por el enorme crecimiento del comercio exterior, naturalmente surgió una gran demanda de mano de obra mexicana. Ya no había italianos ni polacos para trabajar en los ferrocarriles y, por consiguiente, se buscó a los mexicanos para que tomaran su lugar. Con las restricciones impuestas a la migración

¹⁰⁶Se refiere por supuesto a la Primera Guerra Mundial.

européa desde la guerra, el flujo de mexicanos hacia este país ha continuado. La sucesión de revoluciones en su país desde 1900 ha sido el principal factor que ha inducido a miles de mexicanos a cruzar el Río Grande cada año. Están buscando seguridad y propiedad. Desde 1914, en especial, la industria estadounidense ha mantenido una demanda constante de mano de obra mexicana no calificada. En el suroeste son requeridos para los trabajos agrícolas más pesados: trasplante de cebolla, recolección de frutas y algodón, tareas del betabel para azúcar. Trabajan en esos campos durante el otoño y se trasladan a las ciudades a pasar el invierno.

Las compañías ferrocarrileras contratan muchos mexicanos para trabajar en las vías, ya sea para tenderlas, repararlas y otros trabajos no calificados. Los ferrocarriles construyen campamentos o colonias en las afueras de las poblaciones y ciudades, donde los mexicanos viven en pequeñas comunidades segregadas, pero de manera económica y hasta cómoda, de acuerdo con sus estándares. Cuando la temporada de trabajo termina y son “despedidos” se trasladan multitudinariamente a las ciudades, donde experimentan las inclemencias de la vida en las barriadas.

La razón por la cual los mexicanos vienen a Estados Unidos es, en parte, porque quieren tener seguridad, pero principalmente, para mejorar su situación económica y comenzar su vida de nuevo en México, cuando concluyan los disturbios revolucionarios. La mayoría quiere tener la posibilidad de mejorar su estatus a su regreso mediante la compra de una pequeña granja o estableciendo un pequeño negocio.

Cuando tienen trabajo y consiguen donde vivir con sus familias –si las tienen– están satisfechos y consideran que Estados Unidos es un país de enorme libertad y oportunidades. Para los mexicanos, la insatisfacción es un indicador de condiciones económicas negativas. La mayoría son hombres jóvenes, entre 17 y 40 años, que parecen fuertes y saludables.

Los casados piensan traer a sus familias y los que viven con su familia, siempre tienen espacio en sus abarrotadas viviendas para acoger a algún pariente al que están esperando o han invitado. Hay muy pocas mujeres mexicanas en Chicago –una por cada 20 hombres. Por consiguiente, la gran mayoría de los hombres carece de la compañía de su familia. El número de familias es proporcionalmente pequeño. Del total de 2 000 hombres que cubre este estudio sólo 83 vivían con su familia en Chicago. Sus entretenimientos consisten en beber, jugar y apostar en los billares, que son las instituciones típicas, casi únicas, de las colonias mexicanas de Chicago.

La mayor parte de los hombres solteros regresará a casa tan pronto haya disminuido su espíritu de aventura, porque sus familias viven a una distancia entre dos y cinco días de Chicago y porque desean regresar y formar sus propias fami-

lias. Los que se entrevistaron para este estudio quieren aprender algo nuevo y ver el mundo antes de regresar para mejorar su estatus en casa. Las familias se quedarán más tiempo en Estados Unidos que los solteros y es posible que incluso se establezcan de manera permanente. Hay una sensación cada vez mayor de que no es aconsejable regresar a México y que sería mejor permanecer aquí. Un ingeniero mexicano me dijo que él estaba aconsejando a sus compatriotas que no regresaran, que era mucho más ventajoso permanecer aquí.

A los mexicanos les gusta mucho la vida social en los clubes, las sociedades de ayuda mutua y las orquestas. Carecen, sin embargo, de la capacidad para organizarse que tenían en su país. No tienen muchas oportunidades, pero cuando reciben ayuda de los norteamericanos o mexicanos de clases sociales más altas, son muy entusiastas respecto a la organización social y responden con facilidad al liderazgo.

Hay tres comunidades mexicanas bastante grandes en Chicago. La más grande se localiza en el New West Side,¹⁰⁷ donde reside casi la mitad de los mexicanos que viven en Chicago. Otro grupo grande de mexicanos vive "Back of the Yards".¹⁰⁸ En South Chicago hay también una colonia mexicana relativamente vieja. Otros grupos pequeños se encuentran en el distrito de 24th St., en la esquina nororiental de Brighton Park.¹⁰⁹ Se reportó que 14 familias vivían en una misma dirección muy lejos de las colonias mencionadas, en 8350 Vincennes Avenue (véase el mapa en el que se muestra dónde viven las familias y los hombres solteros.)¹¹⁰

El flujo de mexicanos hacia Chicago ha crecido desde 1920, cuando había solamente 1 310 personas de ese origen en la ciudad. De éstos, sólo 224 habían nacido en Estados Unidos, tenían padres extranjeros o eran de matrimonios mixtos (ese número incluye a la mayoría de los niños). Hoy, en la primavera de 1924, quizá hay 5 000 mexicanos en Chicago.

El aumento de la colonia mexicana en Chicago corresponde al aumento de mexicanos no nacidos en este país, como se advierte en el cuadro siguiente:

Año	Número de mexicanos en Estados Unidos	Aumento respecto al censo anterior
1900	267 087	
1910	352 192	31.9%
1920	464 828	32.0%

¹⁰⁷ Se trata del vecindario de Hull House (capítulo 2).

¹⁰⁸ Detrás de los corrales de las empacadoras (capítulo 2).

¹⁰⁹ (capítulos 2 y 4).

¹¹⁰ No está ese mapa en el manuscrito de Bueno.

En 1920, la población de origen mexicano en Estados Unidos (incluyendo no sólo a los nacidos en el extranjero sino también a los nacidos localmente de padres extranjeros o de matrimonios mixtos) llegaba a 725,332.

Las estadísticas de mexicanos en Estados Unidos y Chicago han sido tomadas del censo federal de 1920; las otras aseveraciones de esta introducción se basan en entrevistas con un número considerable de mexicanos en las tres principales colonias de la ciudad y con norteamericanos e hispanoamericanos que trabajan con mexicanos. La parte central del trabajo, sin embargo, es una descripción y análisis de algunos casos seleccionados que revelan, de manera concreta, los problemas de adaptación del inmigrante mexicano a las nuevas condiciones del entorno urbano.

Estudio de Caso No. 1

Cuatro familias mexicanas, 16 personas, viven en dos habitaciones

La tarde del 2 de febrero de 1924 fui, acompañado por un amigo, a visitar a unos mexicanos que vivían en 720 Bunker Street. Encontramos la dirección y subimos las escaleras para hablar con ellos. Nadie sabía a quién buscábamos. Después recordamos que las rentas más baratas correspondían a los espacios traseros de los edificios, alojamientos a los que se entraba por un callejón. Caminamos por ahí pero no pudimos encontrar la puerta, aunque a través de las ventanas veíamos algunas botellas de leche y otros alimentos y escuchábamos un ruido extraño que mi amigo reconoció como el sonido que se hacía en la elaboración de las tortillas, comida favorita de los mexicanos. El callejón estaba muy enlodado y los olores eran desagradables.

Finalmente, encontramos la entrada, pasando por un lugar oscuro debajo de la casa. Golpeamos en la puerta y muy pronto la abrieron. Dijimos “buenas tardes” y nos invitaron a entrar. Los mexicanos parecían muy contentos de vernos. El que salió a la puerta era un joven de unos 27 años. Era de complexión fuerte y parecía saludable. Tenía ojos negros y cabello negro abundante. Era un criollo, llamado A.¹¹¹ Sus ademanes eran agradables y era muy sociable. Llevaba pantalones oscuros, zapatos militares viejos y una camisa militar. Era franco pero medía sus palabras y sus razonamientos eran lógicos. Nos invitó a sentarnos y nos ofreció las únicas sillas disponibles. Había otra silla vieja en un rincón pero estaba mojada con algo que habían lavado y se estaba secando allí.

Nos sentamos y el señor Q. permaneció de pie hacia la izquierda, recostado contra la pared. Había una mesa delante de nosotros y en ella había unos pe-

¹¹¹ En el original.

pinillos, vinagre, sal y manteca. También había una cazuela con harina de maíz preparada para hacer tortillas, una especie de pancake. Una mujer estaba de pie del otro lado, entre la mesa y una estufa pequeña, preparando las tortillas. Tomó en sus manos un poco de harina de maíz y de manera muy diestra, haciendo presión y dándole vueltas a la harina en sus manos, moldeaba las tortillas y luego las ponía a hornear en un molde para pancakes. Sacaba una e inmediatamente ponía otra. Estaba muy interesada en nuestra conversación y participó en varias ocasiones. Es una indígena pura, pequeña, muy oscura y de muy buena naturaleza. Parecía contenta de vernos.

Cerca de la mujer estaba su hijo, un joven de unos 25 años. También es indígena y sus intervenciones nos hicieron pensar que no había tenido educación, pero hablaba de manera abierta y sincera, especialmente cuando se trataba de temas relacionados con su gente.

Cerca de la esquina de la habitación estuvieron todo el tiempo cuatro mujeres que escucharon nuestra conversación pero no dijeron ni una palabra. En la familia mexicana el que habla es el hombre, especialmente cuando hay extranjeros. Las mujeres y los niños escuchan, pero permanecen silenciosos.

Un poco más tarde entró P. Villagrán, el mexicano que yo había conocido en la misión presbiteriana. Se alegró de verme y se quedó junto a la puerta escuchando nuestra conversación. Él no habla, a menos que uno se dirija a él directamente, en ese caso da una respuesta muy corta, por lo general, no sabe qué decir. Tiene una actitud sumisa. Le pregunté dónde había buscado trabajo. Él respondió: “En los corrales de las empacadoras”. Los últimos tres meses no ha tenido trabajo. Es mestizo (indígena y blanco). Llevaba un overol azul, camisa caqui del ejército y zapatos de trabajo; de hecho, era la misma ropa que llevaba tres semanas atrás en la iglesia. Tiene un pequeño bigote. Su apariencia indica falta de inteligencia y eso le dificulta conseguir trabajo.

El lugar en el que viven estas personas es un sótano en la parte trasera del edificio. Tiene dos habitaciones y una especie de cuarto muy pequeño y sin puerta. La primera habitación la utilizan como cocina, comedor, sala de estar y cuarto de ropa. Había dos estufas en los dos lados opuestos de la mesa que estaba en el centro de la habitación; un lavamanos que era utilizado para lavar los platos y para afeitarse en las mañanas. En el lado derecho, al norte de las estufas, había una bañera. En la bañera había una tabla de lavar, ahí está también la lavandería. En una esquina de la habitación había una silla cubierta de ropa y en la otra esquina estaban apilados platos y utensilios de cocina. En la parte norte de la habitación había una cuerda estirada desde una esquina hasta la puerta que da hacia la otra habitación, había ropa tendida secándose sobre ella.

Desde el lugar en el que estábamos sentados podíamos ver una parte de la otra habitación porque la puerta estaba abierta de par en par. Desde la puerta

habían tendido dos cuerdas sobre las que había ropa de niño, mujer y hombre. Entre las dos cuerdas había una estufa vieja. Pude ver, en el extremo de la habitación, a un bebé de unos seis meses acostado sobre una pequeña hamaca tendida de una pared a la otra. También había muchos baúles y maletas en esa habitación. Se supone que esa era la habitación en la que dormían pero no vi ninguna cama. Sería muy interesante ver esta habitación después de las diez de la noche.

En el cuarto pequeño junto a la sala o cocina había una cama. Muy poco después de llegar oímos llorar un bebé. El señor A. entró y acarició al bebé hasta que dejó de llorar.

Conversamos durante un rato acerca de temas generales relacionados con la ciudad y el país. Luego le pregunté al señor A. cómo le estaba yendo y respondió que no muy bien, porque tres de los hombres estaban sin trabajo, por tanto sólo dos trabajaban, pero que estaban tratando de hacer lo que podían mientras las cosas mejoran. Lleva seis años en Estados Unidos. Su familia vive con él, es decir, su esposa, un bebé de dos meses y él. Llegó a Chicago hace tres meses. Nos dijo que un agente de una corporación o compañía lo había contratado a él y a dos de sus amigos en Jolises, México, para trabajar en una plantación de betabel. Hicieron el contrato para trabajar en Omaha pero los llevaron a Minnesota. El indígena que estaba al otro lado de la mesa dijo: “Sí, nos dicen que nos llevan a un lugar y luego nos llevan a otro”.

El señor A. continuó: “Yo vine a Chicago el otoño pasado cuando terminó la cosecha de betabel porque ya no había más trabajo. Alquilamos esta casa y al día siguiente tuve la gran suerte de conseguir trabajo en una herrería. Está ubicada a una cuadra de aquí. Me pagan 38 centavos la hora por alimentar el fuego, en lugar de cuarenta que es el mínimo según el sindicato, pero yo me quedo allí porque si pierdo este trabajo no sé qué nos sucedería a mí y a mi familia”.

Le pregunté quién trabajaba en la herrería y respondió: “Toda clase de personas, pero la mayoría son negros. El segundo capataz es negro y le ayuda mucho a su gente. Los negros no trabajan por menos de cuarenta centavos la hora. Cuando los despiden permanecen indiferentes y no les importa. Créame, ellos no se matan trabajando. El capataz me dijo que a mí me pagaban 38 centavos porque era nuevo. Disminuyó el trabajo y despidieron a muchos, a muchos mexicanos entre ellos, pero a mí me dejaron aunque era el más nuevo. Otros trabajadores me dijeron que me habían dejado porque era muy fuerte.”

Le preguntamos cómo pudo traer a su esposa y nos dijo que había trabajado un año para reunir suficiente dinero, mandar por ella y traerla hasta Minnesota. Yo le dije que era muy adecuado para un hombre tener a su familia cuando estaba viviendo en un país extranjero y el señor A. dijo: “Sí, es una gran cosa,

pero también hay muchos problemas. La lucha por la vida es el doble de difícil. Siempre existe el temor de no poder traer pan y mantequilla a la casa todos los días. Esta es la razón por la que más temo perder mi trabajo.”

Yo le dije: “Me gustaría que mi madre viviera aquí en Chicago.” La anciana madre del indígena, sonrió y los ojos le brillaron. Dijo lo siguiente: “Me alegra que haya dicho eso”. Su hijo dijo: “Sí, es un gran consuelo tener a mi madre aquí porque tengo alguien que me consuela y me quiere, aunque tengamos muchos problemas.” Continuó diciendo: “Hace unos días un español me preguntó si mi madre vivía aquí y le respondí: ‘Sí’. Entonces él dijo: ‘Ese es el tesoro más grande que un hombre puede tener’ y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, allá en la Estación Madison”.

El señor A. añadió: “Sí, nosotros recordamos a nuestras familias cuando tenemos problemas y no tenemos dinero. Entonces queremos estar cerca de la madre. Recordamos hasta los familiares muertos pero cuando tenemos dinero y no tenemos problemas, nos olvidamos. Creo que ese señor estaba en problemas cuando actuó así: A veces, cuando tengo dificultades, me voy a la cama y no puedo dormir pensando en mis familiares aquí y en los que están todavía en México, pero cuando las cosas funcionan, es diferente; así somos”.

Hablamos del tiempo, las enfermedades y la posibilidad de recurrir al dispensario para conseguir atención médica cuando la necesitan. Les hablé del doctor de la Iglesia presbiteriana y dijeron que hacía dos semanas uno de los niños había estado enfermo, tenía amigdalitis, y ese doctor vino a verlo, lo acompañaba una mujer, una trabajadora social de la Iglesia presbiteriana. El doctor se llevó el niño al hospital y cuando mejoró lo trajo de regreso, sin costo alguno para la familia.

Los niños se asustan cuando ven a un extraño en la casa. Traté de acercarme a uno de ellos y empezó a llorar muy fuerte. Pensó que me lo iba a llevar al hospital.

Seguimos hablando sobre las reuniones sociales, las clases nocturnas para mexicanos en Hull House, los teatros baratos que hay en el barrio. El señor A. dijo: “Salgo a trabajar a las 7 a.m. y regreso a las cinco, todos los días excepto los sábados que salgo del trabajo a las (...) ¹¹² en punto. Los sábados, después del trabajo, comemos fuera y pasamos la tarde platicando de muchas cosas con toda la familia en la casa. El domingo en la tarde camino por Halsted Street, miro las vitrinas o me detengo ante el almacén de música a escuchar el fonógrafo. Después regreso y me quedo en la casa con la familia. No conozco ningún lugar en Chicago diferente a Halsted Street y sus alrededores”.

¹¹² En el original.

A estas alturas, la mujer tenía preparada una pila muy alta de tortillas. Olían tan bien que llamaron nuestra atención. Yo insinué que había oído hablar mucho de las tortillas y mi amigo dijo que no había comido ninguna en seis años. Cuando nos pusimos de pie para partir, la anciana dijo: “¿Quieren tortillas con sal?” Mi compañero mexicano me dijo: “Ahora te voy a enseñar cómo se comen las tortillas”, le roció sal a una y la enrolló. Hice lo mismo y me comí dos, pero no pude más.

Uno de los anfitriones dijo: “No hay nada que lo satisfaga más a uno que las tortillas, el pan y el agua. Uno se siente lleno porque matan el hambre. Eso es todo lo que comemos”. El menú diario de esas cuatro familias es tortillas, pan, agua y café. Esa dieta no es lo suficientemente nutritiva para ayudarlos a soportar el frío invierno de este clima.

Le pregunté si estaban satisfechos en Estados Unidos, a lo que el señor A. respondió: “Sí, en cierto sentido, porque logramos obtener buenos salarios, pero no logramos conseguir lo mismo aquí con tres dólares de lo que conseguimos en casa por uno. Allí vivíamos más felices porque nos podíamos divertir a nuestro modo y no nos miraban con desprecio. El verdadero problema es que nunca estamos satisfechos, cuando tenemos veinticinco dólares en el bolsillo, queremos el doble”.

Las dos habitaciones que he descrito, ubicadas en un lugar húmedo y anti-higiénico, constituyen la casa de cuatro familias –cinco hombres, cinco mujeres y seis niños; cuatro maridos, cuatro esposas, una madre y su hijo y seis niños. Los niños son pequeños, el mayor tiene cuatro años y, el más pequeño, unos dos meses.

Pagan 16 dólares mensuales de renta. Dijeron que antes costaba 11 dólares pero que debido a que ellos eran recién llegados y mexicanos tenían que pagar más.

Son personas muy sociables y estaban contentos de vernos. A los mexicanos les gusta que los visiten los amigos y tratan de complacer a sus invitados hasta donde les es posible. La hospitalidad es una característica de los mexicanos.

Estudio de Caso No. 2

Familia mexicana con 11 hijos

En el 759 de Bunker Street viven Antonio Quintero, un mexicano de unos 50 años, y su familia. La familia está compuesta por la pareja y 11 hijos.

La residencia del señor Quintero se ubica en la parte trasera de un callejón muy estrecho, de unos 60 centímetros de ancho. Nos encontramos con Modesto, uno de los niños de la familia que nos preguntó si éramos españoles. Le respondimos que sí y le preguntamos por su padre. Nos mostró su casa. Tocamos a la puerta, pero tuvimos que esperar mucho tiempo. Al fin, ésta se abrió y entramos a la cocina, una habitación que quedó atiborrada con los cinco miembros de la familia y los dos visitantes. La niña mayor tenía en sus brazos a un niño de unos dos años y una niña más pequeña estaba cargando a un bebé de dos meses.

La madre vino a recibirnos. Parecía confundida. Levantó sus manos, que estaban negras de hollín. Nos preguntó si éramos españoles y nos invitó a entrar. El niño con el que nos encontramos en la puerta fue a buscar a su padre. Pasamos a la sala. El mobiliario eran cuatro sillas y una mesa vieja. En medio de la habitación había una lámpara de gas que colgaba del techo. En la esquina había varias almohadas y dos mantas del ejército en una canasta. Esa era la única ropa de cama de toda la familia. El señor Quintero llegó y después de darnos la mano se sentó. Parecía enfermo. Llevaba unos pantalones viejos, zapatos del ejército y una camisa azul. Se quitó la chaqueta y empezó a hablar de su mala salud. “En tres meses en Chicago me he enfermado varias veces, he tenido dolores de cabeza y me siento mal del estómago. Las rodillas me duelen, tengo dolores en el costado y ayer me sacaron un diente”. Trabajó unos cuantos días pero se enfermó y tuvo que dejarlo. Cuando regresa a trabajar después de haber estado enfermo, alguien ha ocupado su lugar. Ahora trabaja en Armour Packing Company, donde le pagan alrededor de cuatro dólares al día.

Vino a California desde Zacatecas, México, hace unos nueve meses. Luego se fue a Colorado con una compañía ferrocarrilera a trabajar en las vías. Después fue a Nebraska con el mismo trabajo. Cuando estaba en Nebraska escuchó que había oportunidades en Chicago y llegó a trabajar en el ferrocarril, pero luego lo dejó y buscó algo distinto. Le gustaría regresar a México, pero no tiene dinero suficiente para pagar el costo del viaje en tren para él y su familia.

Tiene 11 hijos, siete chicos y cuatro chicas. El mayor tiene unos 20 años, trabaja y le ayuda a su padre a mantener a la familia. Cinco de los niños van a

la escuela y los padres están satisfechos de ver que se están educando. A Quintero, un chico de unos 12 años, le hicimos algunas preguntas en inglés y él las respondió moviendo la cabeza afirmativa o negativamente. Su madre le dijo que respondiera en inglés. Le dijo: “Tienes que practicar inglés, ellos te pueden decir cómo se llaman las cosas. No seas tímido”. Sus padres mostraron gran interés en que sus hijos aprendieran inglés.

El segundo hijo parece un poco tonto y cuando entró no sabía qué decir. Se acercó a su madre y empezó a arreglar la estufa, su madre dijo que hacía tres días que estaba tratando de que lo hiciera. La arregló, ella encendió el fuego y la habitación se llenó de humo pero el señor Quintero dijo que no estaba tan mal como antes. Pude ver que las paredes estaban negras de hollín.

Mientras hablábamos, desde la cocina le llegó un mensaje a la madre y ella le dijo algo en voz baja al señor Quintero. Él le dio una moneda de 25 centavos. El señor Quintero sostuvo con fuerza el bolso.

Al hablar de su familia, el señor Quintero dijo que tenía un hijo en el Cook County Hospital. El niño, de 14 años, tiene una desviación en la columna que le impide inclinarse. Uno de los médicos del hospital le dijo que él se arriesgaría a operarlo. El señor Quintero dijo que había pasado muchas noches pensando acerca de la operación y no se decidía. Nos contó que el chico le había dicho que de todas maneras se iba a morir si no lo operaban y que quería intentarlo. Lo operaron y ya estaba convaleciente. El señor Quintero y su esposa hablaron mucho y con gran cariño de este hijo. Es el mejor de todos, dijeron.

La señora Quintero dijo que los italianos eran muy agradables con ellos. Cuando pasan junto a ellos, los invitan a sus casas y les hablan. Los niños tienen problemas con los chicos polacos, pero los italianos siempre los defienden y los acompañan a casa. En el piso de arriba vive una familia italiana y cuando una de las niñas ve a algún polaco molestando a un mexicano, lo persigue.

No vimos ninguna cama en la casa. Lo más probable es que duerman en el suelo. El bebé estaba profundamente dormido en brazos de la niña de 10 años que se sentó en el suelo. Mi amigo, con la excusa de que quería verlo, dejó al descubierto el rostro del niño pero, en realidad era para darle la posibilidad de respirar mejor porque estaba muy envuelto en una pequeña frazada de lana.

El señor Quintero pidió la guitarra y el chico que parecía un poco tonto la trajo. El señor Quintero nos la pasó, pero le dijimos que no sabíamos tocar. Un visitante que acababa de llegar con el hijo mayor tocó la guitarra. El señor Quintero tiene buen humor. Toma las cosas con filosofía y afirma que las circunstancias son demasiado fuertes.

La señora Quintero es muy religiosa y cuando ella o cualquier persona expresa un deseo, afirma con mucho recojimiento: “Con la ayuda de Dios y de la Virgen María”.

Nos pusimos de pie y dijimos “adiós”. Pasamos de nuevo por la cocina y vimos a la hija mayor lavando platos. Una mujer que conoce a la familia me dijo que la joven (de unos 18 años) no había salido de esas dos habitaciones desde que llegaron a Chicago. Está vestida muy pobremente y trabaja todo el tiempo, cocinando, limpiando la casa y ayudando a su madre en todo.

Estudio de Caso No. 3

Familia mexicana de clase media

El último sábado de febrero de 1924, cuando entrábamos a Hull House, un hombre se nos acercó y nos preguntó: “¿Son ustedes mexicanos?” “Sí y no”, respondimos. Él prosiguió: “¿Harían el favor de traducirme una carta que recibí que está en inglés?”

Mi amigo tradujo la carta y escribió la respuesta. La carta estaba relacionada con un negocio con la National Register Company. El señor Guerrero había pedido una máquina que le llegó cuando ya no la necesitaba y quería que le devolvieran el dinero. Presentó su reclamación, pero la respuesta le había llegado apenas hoy.

Mientras mi amigo escribía la carta yo conversé con el señor Guerrero. Me dijo que su nombre era José Guerrero, que antes vivía en Brownsville, Texas, donde tenía una zapatería pero había tenido que abandonar ese lugar porque temía por su vida. Era asistente de un ministro norteamericano y predicaba en el pueblo y en los campos de Texas. Tenían una iglesia en Brownsville pero dos hombres malintencionados, celosos del trabajo que realizaban la habían quemado. Como sabía quiénes eran, hizo que los arrestaran y fueron sentenciados a cinco años de cárcel. En venganza, el hermano de uno de los prisioneros, juró que mataría a Guerrero. El hermano y los amigos de Guerrero le aconsejaron que se fuera de Brownsville y viniera a Chicago. Él se fue y dejó a su hermano a cargo del negocio.

Guerrero es un hombre muy religioso. También muy nervioso y evasivo para responder a nuestras preguntas. Cuando le preguntamos algo le da vueltas al asunto y muy pocas veces logramos entender lo que dice. En la conversación común y corriente expresa ideas muy profundas y siempre hace referencia al Señor.

Le agradó conocernos y nos invitó a su casa. La tarde del primero de marzo fuimos a visitarlo en Desplains Street. Su casa no está en un callejón como las demás casas de mexicanos. Estaba muy alegre y nos saludó muy cordialmente. No sabía qué hacer con nosotros, se frotaba las manos y se sentó muy cerca de nosotros. Él fue quien inició la conversación. Las cosas iban mejor, aunque todavía no tenía empleo. Sin embargo, su esposa estaba mejor de su enfermedad, lo que había sido una gran preocupación. Él trabajaba en una panadería antes de que su esposa enfermara y ganaba bien pero tuvo que renunciar para cuidarla. El mató un pollo y se encargó de cocinar hasta que ella se levantó.

La casa tiene tres habitaciones. Una era sala, comedor y cocina. En otra había una cama bonita, donde se alojaban dos inquilinos mexicanos; la tercera era la habitación de la familia pero estaba cerrado. La casa tenía buena temperatura y todo estaba en orden.

La familia está formada por los padres y dos hijos, una niña de dos años y un bebé de dos meses. La niña fue el tema de la mayor parte de la conversación que tuvimos con su padre. Corría de un lado para otro jugando con una botella. No quería ponerse los zapatos. Era muy rápida y activa. Guerrero miraba a la niña casi todo el tiempo y nos dijo que era muy traviesa. “‘Amigo’, esa chiquitina agarró las tijeras y trató de cortarle la cola al gato. Cuando lo oímos maullar, miramos debajo de la cama y nos dimos cuenta de lo que pasaba”. El bebé empezó a llorar y Guerrero le dijo a la madre que le diera de comer. Pudimos oír cuando lo estaba alimentando porque estaba cerca de nosotros.

El señor Guerrero está sorprendido por la falta de respeto de los niños con sus padres en este país. Nos dijo que leyó en el periódico que un chico de quince años le había pedido a su padre 25 centavos y como éste no se los dio, le disparó. También contó que en Texas un padre violó a su hija y luego la mató. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho dijo que porque no quería que se casara con un extranjero. Dijo que no entendía cómo tendrían la conciencia esas personas para presentarse ante el Señor. Su conversación acerca de las creencias religiosas fue muy florida.

El señor Guerrero regresó a México, a Monterrey, a bautizar a su primera hija que nació en Brownsville, Texas, porque quería que fuera ciudadana mexicana en lugar de norteamericana. Ahora tiene que bautizar al bebé aquí. Un tendero polaco, donde compra la comida, le comentó que le gustaría ser el padrino del bebé y Guerrero le dijo que él, francamente, no quería un padrino polaco o italiano para su hijo. El polaco se enojó y le dijo que no le daría más crédito. Guerrero le pidió la cuenta y la iba a cancelar, pero el polaco le dijo que no era necesario romper la amistad, que podían seguir siendo amigos y que sentía mucho haber cometido ese error.

Guerrero dijo: “No me gustan las costumbres de los italianos y los polacos, son muy irrespetuosos con las mujeres, no saben distinguir entre el bien y el mal, entre la dama y la sirvienta; para ellos, todas son mujeres. Quieren tocarlas por todas partes, incluso en el seno; son demasiado libres y eso me repugna.”

El señor Guerrero llevaba un mes buscando trabajo sin éxito. Es un buen zapatero, sabe de negocios y tiene muy buena letra. Es muy despierto, aunque parece demasiado nervioso y ansioso. Ha buscado trabajo en distintos lugares, “pero siempre me preguntan si pertenezco al sindicato y cuando respondo negativamente me rechazan”. Los italianos le aconsejaron unirse al sindicato y le aseguraron que si lo hace conseguirá trabajo de inmediato. Tiene una carta de recomendación de la señora Gertrude Nowe Britton, de Hull House, pero dijo: “Primero, voy a unirme al sindicato y luego iré a buscar trabajo.”

Estudio de Caso No. 4

Joven mexicano en Chicago

El sábado 23 de febrero en la tarde fuimos a visitar a un joven mexicano que habíamos conocido en University of Chicago Settlement. La residencia, No. 4624 en Ashland Avenue, está en la parte trasera del edificio, en el segundo piso. No encontramos a nuestro conocido y caminamos por Ashland Avenue. A unos 15 metros nos encontramos con J. Martínez que se dirigía a su casa. Tenía las manos llenas de todo tipo de dulces. Unos tres o cuatro Bunes, cuatro Oh Henry's, cuatro paquetes de chicles, etc. Le pregunté dónde había conseguido tanta golosina y me respondió que se la había ganado en el billar.

Fuimos con el señor Martínez a su casa. El lugar estaba helado. Empezó a poner madera en la estufa. Luego nos llevó a la sala. Estaba bien amoblada. Un piano hermoso, un buen sofá y tres mecedoras. La pared estaba llena de fotografías de la familia. Una muy grande, de la hermana de Juan, atraía la mirada del visitante. Sobre el piano había una guitarra, una mandolina y un acordeón. Juan nos invitó a tocar. Mi compañero tocó algunas viejas piezas. Juan dijo: "Todos estos instrumentos son para que mis amigos toquen." Le dije que tenía una casa muy bonita pero un poco fría. Sacó un calentador eléctrico. Le pregunté cómo había hecho para tener tantas cosas bonitas y me respondió que las compró, pagando a plazos, en una tienda de segunda mano.

Martínez llegó a Mexia, Texas, hace tres años, donde trabajó en una compañía de gas, por 40 centavos la hora. Mientras vivía allí se escribía con un amigo que trabajaba en La Grange, Illinois; se vino a La Grange y trabajó en una fábrica. Hace cuatro meses se trasladó a Chicago y empezó a trabajar en New York Central Railroad, como controlador de fletes. Ganaba 45 centavos la hora y se sentía bien. Hacía tres semanas les habían notificado a los trabajadores del New York Central que tenían que presentar sus documentos para iniciar los trámites para obtener la nacionalidad. Quien no quisiera volverse ciudadano norteamericano, no podía trabajar allí. El capataz le dijo a Juan que le convenía adquirir la ciudadanía porque conseguiría un trabajo mejor y más rápido. Juan le dijo que no cambiaría el amor a su país por ningún trabajo. Dijo: "La razón principal por la que no quiero hacerme norteamericano es porque no pienso permanecer lejos de mi querida familia. Si fuera solo, las cosas serían distintas. No puedo pensar en traerme a mi padre y a mi madre a Chicago, a sufrir lo que tendrían que sufrir aquí. Mi padre tiene un buen trabajo allá y aquí tendría que trabajar en los corrales. No sabe inglés y nunca llegaría a familiarizarse con un idioma que me cuesta tanto a mí".

Juan dijo que los polacos se apresuraron a obtener papeles para no perder sus trabajos. Él se salió del ferrocarril para trabajar en una fábrica de papel, donde gana un salario menor.

Una hora más tarde, llegó su hermano con su compañero de habitación. Juan empezó a preparar la comida, que era arroz hervido con leche. Juan parece muy feliz, tiene una actitud muy positiva. Mientras cocinaba el arroz hablaba con nosotros. A estas alturas, nos habíamos trasladado al comedor y nos calentábamos cerca de la estufa.

Hablamos sobre las diversiones y Juan dijo: “El billar es el lugar donde los hombres matan el tiempo después del trabajo. Yo venía de allí cuando nos encontramos en la calle. La semana pasada, entraron cuatro chicas polacas con la excusa de que querían escuchar canciones mexicanas. Más tarde, nos dijeron que estaban buscando trabajo. Eran prostitutas. Los mexicanos no tenían dinero, total, no se hizo nada. Volvieron una semana después, cuando nos visitaban unos amigos que tenían dinero, entonces se la pasaron bien”.

Continuó: “Una de las mujeres me propuso poner una casa bien amoblada para que viviéramos los dos si yo le llevaba mexicanos al negocio. Me dijo: ‘Podemos ganar mucho dinero’, pero le respondí que yo nunca había sido padrote y no pensaba convertirme en uno.”

Estudio de Caso No. 5

El billar, lugar de encuentro de los mexicanos

El billar ubicado en el 4567 de Ashland Avenue es donde los mexicanos del distrito de los corrales de las empacadoras pasan el tiempo libre. Cuando los del University Settlement quisieron conseguir mexicanos para una clase de inglés acudieron a este billar donde encontraron a todos los que querían.

El viernes 22 de febrero fui con dos mexicanos y el lugar estaba lleno. Las seis mesas estaban ocupadas. Cuatro, a veces seis hombres jugaban en cada mesa. Las bancas alrededor de la habitación estaban llenas de espectadores mexicanos que seguían de cerca los juegos. El dueño del billar es un polaco. Mis compañeros me dijeron que al salir del trabajo todo el mundo va allí para encontrarse con los amigos y pasar un rato agradable.

Estudio de Caso No. 6*Matrimonios interraciales*

Entrevisté al ministro presbiteriano encargado del trabajo con los mexicanos. Me presentó al señor L., un mexicano cuidadosamente vestido y de buena apariencia. Él le dijo al señor Sims: “Quiero que me ayude a encontrar un lugar donde vivir. Vivo en dos habitaciones, pero ahora voy a tener compañía y necesito un lugar mejor”. El ministro le dijo: “¿Te vas a casar?” “¡Efectivamente! Quiero que usted me case mañana domingo, entre las cinco y las siete de la tarde, porque tengo trabajo hasta las tres”.

“¿Quién es la chica?” le preguntó el señor Sims. “Una noruega que conocí hace un año en Cincinnati”, respondió.

El señor L. vive en este país desde hace nueve años y siempre ha tenido trabajo. Ahora quería casarse. El predicador dijo que había casado a otro chico mexicano con una polaca y que, hasta el momento, eran muy felices.

SOCIEDAD MEXICANA DE AYUDA Y RECREACIÓN
 “BENITO JUÁREZ”
 CHICAGO

Comité de propaganda:

Dr. S. G. Mexneiro

Dr. J. B. Medina

Dr. R. de la Garza

Ing. Manuel Godínez

20 East Jackson Boulevard

Room 711

Tel. Wabash 4001

30 de noviembre, 1923

Compatriotas:

¿Tienen amigos en Chicago? ¿Están seguros de encontrar ayuda y consejo cuando lo necesitan?

En Chicago hay más de 5 000 mexicanos. Usted puede hacer mucho por ellos y ellos pueden hacer mucho por usted. La Sociedad Mexicana “Benito Juárez” le ofrece la oportunidad de conocerse.

Toda clase de accidentes, especialmente los de tráfico, amenazan a los que viven en las ciudades modernas. Dificultades sin límite esperan a los que no conocen el idioma, las costumbres y leyes del país donde viven; dificultades que no pueden ser solucionadas sin la ayuda de otros. También es indispensable el consejo y la ayuda moral en la lucha cotidiana.

No importa cuánto sepa usted, siempre habrá personas cuyo consejo y ayuda pueden ser de gran valor para su negocio y en sus problemas. ¿Cuántas veces, incluso con dinero, no podemos disfrutar los placeres y las satisfacciones que son necesarias en la vida? Un amigo es un tesoro.

Venga y únase a nosotros en la Sociedad “Benito Juárez” y disfrute de los beneficios que ofrece. Estas son algunas de sus ventajas:

1. Ser bien aceptado.
 2. Tener quien lo recomiende para conseguir trabajo y quien lo aconseje si tiene dificultades.
 3. Obtener ayuda económica en caso de enfermedad.
 4. Estar registrado en el Registro de Mexicanos para ser informado de todas las cosas importantes.
 5. Disfrutar de los beneficios de la Sociedad asistiendo a las fiestas que se realizan periódicamente.
 6. Para que sea un hecho el establecimiento de una oficina de empleos confiable en la que tendrá la oportunidad de conseguir trabajo de acuerdo a sus capacidades.
 7. Para obtener la protección ante las cortes de este país, en caso de ser necesario.
- ¡Únase hoy porque puede necesitar ayuda mañana!

El Comité de Propaganda

Dr. R. de la Garza

Dr. J.B. Medina

L. Lupián,

Cónsul de México

M. Godinez

Dr. S.G. Mexueiro

Conclusión

Las condiciones de vida de los mexicanos son deplorables. En tres de los casos estudiados podemos ver lo incómodas e insalubres que son sus casas. Cuatro familias viviendo en dos habitaciones no pueden tener mucha privacidad. Las consecuencias pueden ser malas para los hombres, mujeres y niños que duermen en las mismas habitaciones; más aun cuando esas familias no tienen relaciones de parentesco entre sí sino que están unidas por las circunstancias.

El segundo caso muestra la misma saturación que el primero, pero en ese caso, todos pertenecen a la misma familia.

Las condiciones antihigiénicas necesitan atención. El padre está enfermo y si adquiere una enfermedad contagiosa, todos los niños corren el riesgo de infectarse.

Las casas son frías, oscuras y están mal ventiladas. La incomodidad es tan grande que los mexicanos se desplazan todo el tiempo en busca de mejores lugares para vivir.

La familia del Caso 1, cuando fui a verlos tres semanas después, se había trasladado a un lugar apenas mejor que el anterior. Tienen que pagar una renta más alta que otras personas, lo que comprueba la costumbre de que la llegada de un grupo indeseable se castiga con rentas más altas.

La vida comunitaria de los mexicanos en Chicago es notable. El primer caso constata aquello de uno para todos y todos para uno. Pude ver que viven en grupos muy grandes, a veces 16 personas, en la misma casa. Los desempleados, que ahora son de estos grupos, reciben ayuda de los que tienen trabajo. Todos comen en la misma mesa. Los peligros que perciben del exterior tienden a estrechar las relaciones de un grupo. Los elementos que tienen en común como el idioma, las costumbres, la religión, se vuelven significativas para unirlos. La falta de comunicación con otros también incrementa la solidaridad de la familia mexicana. Los hombres, como los de los casos 2 y 3, sólo se encuentran satisfechos al interior del grupo familiar. El soltero, que no tiene grupo familiar donde encontrar satisfacción, acude al billar a olvidar su soledad y todos beben por la misma razón. Lejos de la patria, el grupo primario es más significativo y necesario. Mantener una familia supone muchas responsabilidades, como señaló el joven del Caso 1, pero la familia proporciona satisfacciones que no pueden comprarse con dinero. La familia proporciona estabilidad y asegura el buen comportamiento de los mexicanos, como sucedió durante la guerra en relación a la conducta del soldado.

Una condición patológica de los inmigrantes es su insatisfactorio nivel de vida en Chicago. El nivel de vida de los mexicanos es muy bajo. En el clima cálido de México los carbohidratos constituyen una dieta satisfactoria. Ellos viven con

la misma dieta en este país –donde las proteínas son necesarias para producir calor- por lo que se han debilitado y se enferman con facilidad. Esto es más cierto aún en las familias numerosas, donde el dólar tiene que alcanzar para muchos y el grupo suele ser más conservador. El soltero tiene la posibilidad de hacer nuevos contactos y, con más dinero para gastar, puede elevar su nivel de vida. Los bajos niveles de vida de los mexicanos aumentarán los prejuicios contra ellos, como sucede con otros grupos en situación similar; como los chinos y los italianos. Esos bajos niveles harán que los mexicanos trabajen por salarios más bajos, entrarán en competencia y conflicto con otros grupos y tendrán problemas con los sindicatos.

El número de hijos en la familia suele ser muy alto, como se advierte en los casos 1 y 2. Esta es la situación normal. El promedio de hijos por familia de los 84 casos estudiados es de 4.6. Hay que considerar, además, que la mayoría de las familias son parejas jóvenes. Las parejas mayores tienen hijos cuyas edades fluctúan entre los 20 años y los dos meses. Se ha dejado que la naturaleza siga su ritmo. En la actualidad, los mexicanos no practican ningún control de la natalidad.

El segundo caso nos muestra a una familia típica campesina que lucha para sobrevivir en una ciudad moderna. Una tarea así es difícil incluso para una familia de la ciudad. El padre es el principal proveedor y cuando éste se enferma no hay ingresos o éstos se reducen considerablemente. Con frecuencia, las organizaciones caritativas proporcionan algún alivio. Si el señor Quintero muere el hijo mayor tendría que encargarse de toda la familia o las sociedades de asistencia y de la sociedad en general tendrían que asumir esa responsabilidad. Quizá sería mejor para esta familia regresar a México o moverse a un distrito rural de este país.

En el caso 2 la familia vive su propia vida. Sus contactos son primarios. La hija mayor está esclavizada en la cocina, sin posibilidades de mejorar. El sentimiento de ternura de los padres hacia el hijo enfermo es notable. Como es discapacitado, lo quieren más. El padre, como en todas las familias mexicanas, es el jefe. Él es el que sale al mundo y se da cuenta de lo que sucede, por lo tanto, lo que él dice es la última palabra. Él controla el bolso y de esa manera controla a la familia a su manera.

Los conflictos de los mexicanos no son con los norteamericanos aquí, sino con sus vecinos inmediatos. En el caso II se ve que los niños italianos protegen a los mexicanos contra los rudos polacos. En la mayoría de los casos, los conflictos son con los polacos, no con los italianos. Los italianos confraternizan fácilmente con los mexicanos. Es posible que rasgos generales –idioma, cultura, costumbres y otros-, contribuyan a una mayor cercanía entre mexicanos e italianos y entre mexicanos y polacos.

La idea de que los mexicanos no son sinceros, son perezosos, irresponsables y adictos a dejar las cosas para mañana, se basa en su entrenamiento cul-

tural y no en sus características raciales. Al sur del Río Grande las formas valen el 50 por ciento. El mexicano trata de complacer y es muy cuidadoso para no herir los sentimientos del otro. Si se le hace una pregunta cuya respuesta, en su opinión, no lo va a complacer a usted, le da vueltas al asunto y da una respuesta vaga, que usted puede tomar como mentira. Si quedan en verse a cierta hora, es posible que no llegue a tiempo porque si se encuentra con alguien que lo detiene, creerá que no es correcto dejarlo donde lo encontró. La costumbre de dejar las cosas para “mañana” es el resultado de estándares diferentes de parte del observador. Lo que nosotros creamos que el mexicano debe hacer inmediatamente, tiene poco valor. Para el mexicano hay otras cosas que pueden ser más importantes. Guerrero, en el caso 3, es un ejemplo muy ilustrativo del carácter evasivo del mexicano.

En el caso 3 el grupo familiar ofrece apoyo suficiente a todos sus miembros. El marido permanece en casa jugando con la niña “traviesa” o cuidando a su esposa. El marido piensa que la relación padres-hijos tiene que ser ideal: respeto del hijo por el padre y protección de los padres a los hijos. Está sorprendido por la gran diferencia de costumbres con Estados Unidos.

En los países latinoamericanos, las relaciones del padrino de un niño y la familia son muy cercanas; de ahí el disgusto del padre mexicano ante la oferta del tendero polaco de convertirse en padrino de su bebé. El compadrazgo es una forma de protección de la familia contra los de fuera. El disgusto de Guerrero por el trato de los italianos y los polacos con las mujeres muestra la influencia de la división de clases en Latinoamérica, donde la mujer tiene que ser respetada, admirada y no puede ser tocada; pero la sirvienta o la mujer de clase baja no son respetadas.

La influencia de los sindicatos está claramente ilustrada en este caso: protección contra la competencia de los salarios bajos. Los italianos apoyan mucho a los sindicatos y no hay duda de que los mexicanos también lo harán.

A los mexicanos les gusta la buena música. En la mayoría de las casas que he visitado la situación es muy similar a la del caso 4. En todas las casas hay un guitarra y, con su acompañamiento, se cantan bellas canciones. Los mexicanos también aman la poesía y, si su vida en este país se va a limitar a trabajar y comer, posiblemente estarán siempre descontentos.

El amor de los mexicanos por su país y la fuerza de los lazos familiares fueron los causantes de la pérdida del trabajo del joven del caso 4. El mexicano no quiere ser ciudadano norteamericano.

Las guerras entre Estados Unidos y México han hecho que los mexicanos sean conscientes de su nacionalidad. Los relatos de los prejuicios contra los mexicanos han llegado a sus oídos y, además, recuerdan sus propias malas experiencias en las fábricas. Para ellos, el norteamericano típico es el petrolero, al

que consideran que hace más daño que bien a su querido país. El joven mexicano vive en Chicago, pero su pensamiento está al otro lado del Río Grande. La familia que se quedó en casa le brinda las respuestas que anhela a través de las cartas que recibe, por lo menos, tres veces a la semana. Cuando se le dijo que solicitara la nacionalidad para conseguir un trabajo mejor él tomó su decisión en función del bienestar de su grupo familiar.

El asunto del sexo es importante entre los mexicanos. El caso 4 lo ilustra. La escasez de mexicanas para asegurar relaciones sexuales saludables entre los sexos, lleva a toda clase de vicios. Las prostitutas conocen las necesidades de esos jóvenes y los buscan incluso en sus casas. No sería de sorprender que las prostitutas y sus amigos abrieran casas especiales para los mexicanos.

El billar es el lugar en el que confraternizan los mexicanos. El caso 4 nos muestra que juegan caramelo pero es indudable que hacen apuestas mayores. Sería difícil para el Settlement competir con los billares, a menos de que también instale mesas de billar. La bebida y el billar, sin duda, están relacionados. Los dos ofrecen la posibilidad de olvidar la casa.

El caso 6 es una muestra de matrimonio interracial con una raza más favorable a la asimilación en la vida de Estados Unidos y sus oportunidades. El matrimonio interracial no será lo corriente. El mexicano es el más “novato” y tiene un estatus bajo a los ojos de otras nacionalidades.

El material acerca de la Sociedad Mexicana de Ayuda y Recreación “Benito Juárez” muestra cómo ven los mexicanos los problemas de sus compatriotas e intentan desarrollar mecanismos para ayudarlos. Esa sociedad ha realizado un buen trabajo, en especial, con los enfermos. Los médicos mexicanos han reservado camas en el hospital para los miembros de esa sociedad.

Los mexicanos están aprendiendo en este país las ventajas de organizarse para fines sociales y económicos. Su venida a Estados Unidos será de gran provecho para su país así como para ellos mismos porque elevarán sus niveles de vida, aprenderán a liberarse de las convenciones, tendrán más iniciativa y aprenderán a colaborar de manera más eficaz. La necesidad es la madre de grandes cambios. Los mexicanos están en una etapa de adaptación a una sociedad muy diferente. Esa adaptación sacudirá las cadenas de la ignorancia y de la tradición desfasada.